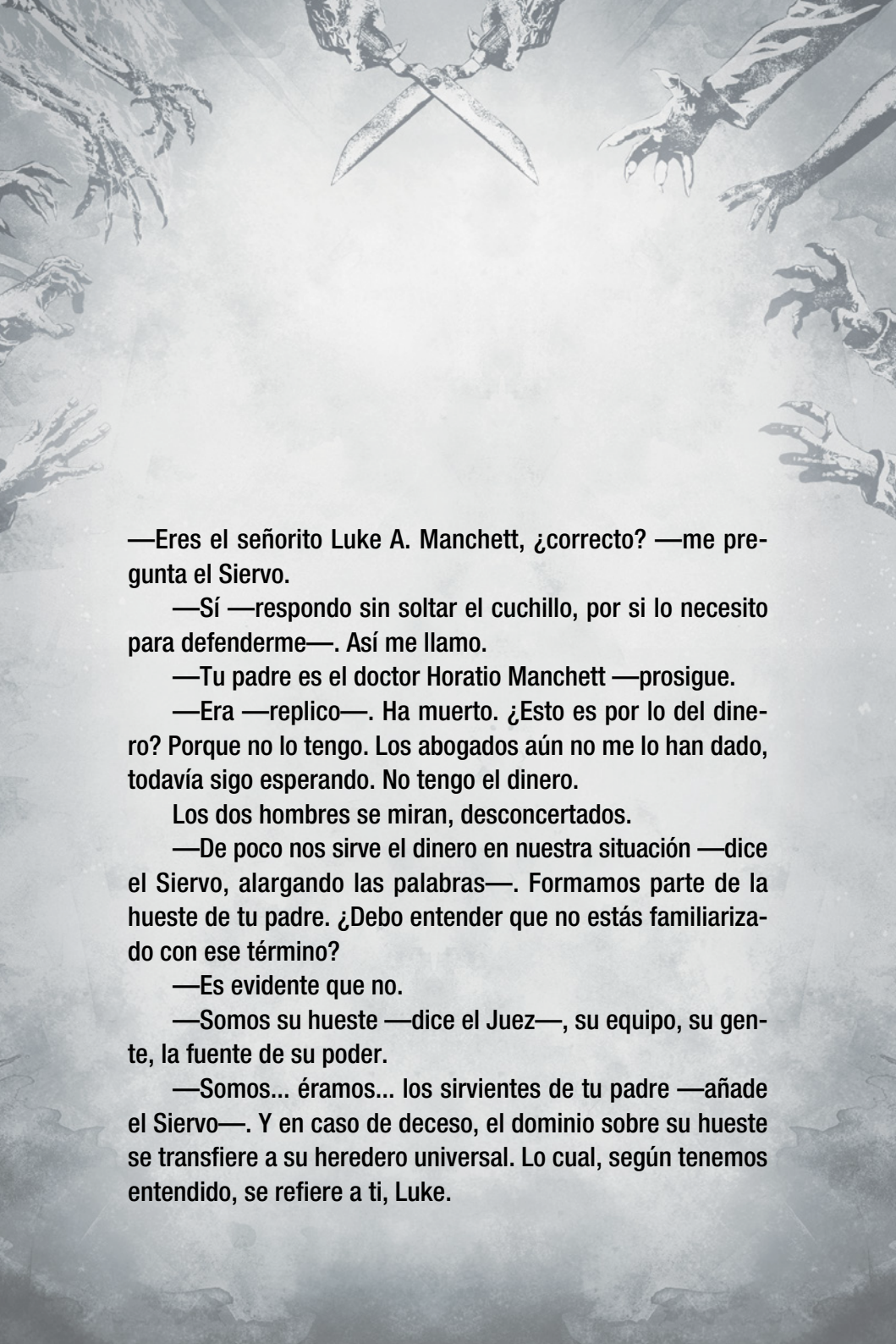


13

DÍAS **A**
MEDIANOCHE
LEO HUNT

LUKE ACABA DE HEREDAR
SEIS MILLONES DE DÓLARES... Y OCHO
FANTASMAS QUE LO QUIEREN VER MUERTO



—Eres el señorito Luke A. Manchett, ¿correcto? —me pregunta el Siervo.

—Sí —respondo sin soltar el cuchillo, por si lo necesito para defenderme—. Así me llamo.

—Tu padre es el doctor Horatio Manchett —prosigue.

—Era —replico—. Ha muerto. ¿Esto es por lo del dinero? Porque no lo tengo. Los abogados aún no me lo han dado, todavía sigo esperando. No tengo el dinero.

Los dos hombres se miran, desconcertados.

—De poco nos sirve el dinero en nuestra situación —dice el Siervo, alargando las palabras—. Formamos parte de la hueste de tu padre. ¿Debo entender que no estás familiarizado con ese término?

—Es evidente que no.

—Somos su hueste —dice el Juez—, su equipo, su gente, la fuente de su poder.

—Somos... éramos... los sirvientes de tu padre —añade el Siervo—. Y en caso de deceso, el dominio sobre su hueste se transfiere a su heredero universal. Lo cual, según tenemos entendido, se refiere a ti, Luke.

13
DÍAS A
MEDIANOCHE
LEO HUNT

Traducción de Jaime Valero Martínez

ANAYA

Título original: *13 Days of Midnight*

1.ª edición: octubre de 2016

© Del texto: Leo Hunt, 2015
Publicado por primera vez por Orchard Books
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta de Joey Hi-Fi

ISBN: 978-84-698-0920-4
Depósito legal: M-26511-2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para mis abuelos

1

EL CÍRCULO SE ABRE

Lo primero que sucede es abrir un sobre y ver cómo la muerte de mi padre cae sobre la mesa de la cocina. Siempre pensé que me enteraría de ello por los periódicos, o que quizá esa clase de noticias las transmitiría un ángel, sosteniendo un pergamino dorado, con su rostro perfecto ensombrecido por la tristeza. Pero en lugar de eso estoy sentado con el pelo revuelto propio de quien se acaba de levantar, con el pijama del revés, leyendo una carta impresa con tinta negra corriente sobre papel de oficina blanco. En el encabezado pone «Berkley & Cía.», es una breve notificación para informarnos de su muerte. Me convocan a una reunión con su abogado esta tarde, «para tratar la cuestión de la herencia».

No incluye ninguna mención a mi madre, lo cual me extraña. Solo está dirigida a mí. No sé muy bien cómo sentirme. Iba por la mitad de un cuenco de cereales cuando abrí la

carta, y los copos de trigo se han deshecho hasta convertirse en algo que parece tierra pastosa de color marrón. Recojo los restos de mi desayuno y lo llevo todo a la pila. Afuera, en el jardín trasero, Ham está gimoteando y golpeando la puerta. Fui yo quien lo dejó ahí fuera, y me olvidé de él; ahora debe de estar empapado. Tras dejar el cuenco en la pila, cruzo la cocina y lo dejo pasar. Nada más abrir, entra disparado como si estuviera poseído, dejando un reguero de huellas pringosas en el suelo.

No he visto a mi padre, salvo en la televisión, desde que tenía seis años. No es —no era— lo que se dice muy famoso, pero es probable que la mayoría de la gente pudiera reconocerlo. Su rostro aparece a menudo si te pones a indagar en la sección de libros de saldo de los supermercados, o si ves las reposiciones nocturnas de sus diversos programas paranormales. Me llegaba una tarjeta por mi cumpleaños hasta hace unos años, y desde entonces ni siquiera eso. Creo que habría podido hablar con él por teléfono si me hubiera tomado la molestia suficiente, si le hubiera dejado un montón de mensajes en su despacho, pero nunca lo intenté. Ya había dejado claro que no quería tener nada que ver con nosotros. Siempre pensé que habríamos tenido algún encuentro incómodo cuando me hiciera más mayor, pero ahora parece que ni siquiera conseguiré eso. Me asomo al jardín, veo las manzanas rojas que penden del árbol con la llegada del otoño. Al otro lado de los árboles hay un muro de piedra, y al otro lado, pastos y ovejas. El cielo está gris, las nubes rechonchas y en baja forma.

Oigo a mamá en el piso de arriba, y antes de darme cuenta siquiera he vuelto a cruzar corriendo la cocina y me he escondido la carta del abogado en el bolsillo. Debería con-

társelo, por supuesto. Debería ser lo primero que saliera por mi boca: «Papá ha muerto», tres simples palabras, pero no las pronuncio. Me quedo inmóvil y finjo examinar mi zumo de naranja cuando ella entra, ataviada con esa especie de poncho que lleva todas las mañanas, y empieza a hurgar por todos lados en busca de huevos. ¿Ya estará enterada? No lo parece. Apenas pudo soportar la separación; si supiera que está muerto dudo que estuviera tan tranquila. Me preocupa la reacción que pueda tener. Mi padre era lo bastante famoso como para aparecer en las noticias de algún medio. Mi madre se enterará. Debería contárselo ya.

—Buenos días —le digo con tono desenfadado, como si no ocurriera nada inusual.

—Buenos días, cielo —me responde, girándose lentamente para ofrecerme una sonrisa soñolienta.

Mamá casca los huevos en un costado de la sartén. Es evidente que no está pasando por una fase vegana. El momento de contárselo se está acabando, y yo me quedo plantado sin hacer nada. Ham aparece de nuevo, sus pezuñas repiquetean sobre las baldosas con cada paso que da. Es un perro de caza, un muelle comprimido hecho de tendones y pelo gris. Tiene el hocico alargado y regio, pero tiene la cabeza coronada por una pelusilla pálida, que hace que me recuerde a un pollo recién salido del cascarón. Ham restriega su cabeza empapada contra mi mano. A pesar de todas las fechorías que he cometido contra él —las visitas al veterinario, las pastillas antiparasitarias y los paseos forzados bajo la lluvia—, Ham me considera una buena persona. Refunfuña un poco mientras le acaricio los hombros.

Mamá se llama Perséfone, aunque tiene tendencia a reinventarse, así que es posible que en su partida de nacimiento

ponga otra cosa. No está muy unida a mi abuelo. Mamá es alta y espigada, con una melena rubia que parece una cuerda deshilachada. Creo que la mejor forma de describirla es decir que no hace gran cosa, o, mejor dicho, que empieza cosas y luego no las termina, ya sea una carta, un libro, un almuerzo o su eterno plan de montar una tienda de cristales. Le interesa el poder vigorizante de los cristales. También le interesan las cartas del tarot, la numerología, la regresión por medio de la hipnosis, la teoría de los antiguos astronautas, el reiki y los libros escritos por gente que ha entablado contacto con ángeles o que ha cambiado su vida a través del pensamiento positivo. Vamos, la pareja ideal para un experto en fantasmas profesional como mi padre. O, al menos, así debería haber sido. A mamá le interesa bastante menos buscar trabajo, limpiar la casa o ir a las reuniones de padres en el colegio. Sospecho que papá ha debido de seguir ocupándose del tema económico, a pesar de la ruptura, así que no penséis que lo he pasado mal: cortes de luz, cajas vacías por Navidad o cosas de esas. Somos clientes habituales en las tiendas de comida orgánica, y desde que empecé el instituto siempre he tenido las zapatillas apropiadas, el corte de pelo apropiado y ropa de las marcas apropiadas, lo cual es importante si quiero seguir saliendo con Kirk, Mark y el resto de la panda. No sé qué va a pasar con el dinero, ahora que papá se ha ido. Mamá está contemplando el jardín con una expresión vidriosa, lo que me induce a pensar que ya se ha tomado una de sus pastillas para el dolor.

Resulta que mi madre padece una dolencia que se llama cefalea en racimos. En mi caso ya las paso bastante canutas cuando tengo un dolor de cabeza corriente, como si alguien me estuviera anudando una sogá alrededor del cráneo, pero la

cefalea en racimos es lo más de lo más en cuestión de dolores de cabeza. Es tan horrible como si alguien te estuviera clavando una pica al rojo vivo en la cabeza, según dicen los folletos que dan a los familiares de los enfermos para ayudarnos a entender su condición. Cuando a mamá le entra un ataque tiene que meterse en su dormitorio con las cortinas bien cerradas y quedarse allí durante días y días, con una venda en los ojos y hielo sobre la frente.

Y así son las cosas con mi madre. No es mala gente, la verdad. Nos llevamos bastante bien porque no le interesa demasiado qué tal me va en el colegio, ni con quién me junto, ni cuánto tiempo estoy por ahí con ellos, que es la clase de cosas por las que mis amigos discuten con sus padres. Es rara, pero al menos no se dedica a beber por las noches como la madre de Kirk, ni fuerza la sonrisa mientras te somete a un interrogatorio completo como la madre de Mark, que sospecho que es una madre androide que su padre construyó a partir de un kit encargado por correo.

—Parece que el día va a ser despejado —dice mamá. No hay ningún indicio que invite a describir este día como despejado, ni de lejos, pero el comentario es la prueba de que aún no ha recibido la noticia. No tengo ni idea de cómo sacar el tema.

—Sí —digo mientras acaricio con saña los hombros y el lomo de Ham.

He comprendido que tengo que saltarme las clases. Ya llego tarde por culpa de la carta, aunque mamá no se haya dado ni cuenta. La reunión con el abogado de papá es a primera hora de la tarde, pero los autobuses que van a la ciudad toman el camino largo, así que resultará más fácil no ir al instituto que intentar escabullirme a la hora de comer. Si alguien

me pregunta dónde estaba, tengo una baza infalible. Los profesores se quedarán comiendo de mi mano cuando descubran lo que ha pasado. Tendré por delante un par de meses en los que podré hacer lo que quiera con ellos.

—Ojalá podamos ver hoy unos cuantos pájaros —dice mamá, señalando hacia el comedero que colgó de uno de los manzanos. Es su última ocurrencia.

—Seguro que se ponen más contentos que unas castañuelas —digo.

Mamá rebaña el huevo para ponerlo en un plato.

—Porque..., ya sabes, el comedero está lleno de castañas.

Mamá tarda un poco en sonreír. No se da la vuelta, pero puedo atisbar el contorno de su sonrisa en su reflejo. Apenas dura unos instantes.

Me acerco hasta ella. Ham me sigue, resoplando y embistiendo contra mis piernas.

—Tengo que prepararme para ir a clase —digo—. Hoy me retrasaré un poco. Esta noche tengo entrenamiento de rugby.

No es verdad, pero no sé cuánto durará la reunión.

—Pórtate bien —dice mamá—. Eres una persona especial.

Cuando la abrazo, puedo notar todos los huesos de su espalda.

Me llamo Luke Manchett y tengo dieciséis años. Vivo en un pueblo que se llama Dunbarrow, en lo alto de las colinas del nordeste de Inglaterra. Nací en la región central del país, pero mi madre, cuando comenzó a fraguarse la separación, tuvo la ocurrencia novelesca de escaparse a una casa en el campo, una idea que resultó ser mucho menos novelesca después de

diez años de chubascos incesantes y chismorreos de pueblo. No me malinterpretéis: estoy seguro de que este lugar es genial para venir de excursión en autobús un día festivo, si tienes sesenta años. Hay un montón de iglesias históricas, túmulos funerarios, piedras rituales célticas y cosas de esas. Pero cuando tienes dieciséis años, Dunbarrow se limita a una calle mayor cutre, un garito en el que a lo mejor no te piden el carné, pastos húmedos repletos de ovejas y un laberinto de viviendas sociales de ladrillo rojo, donde más te vale no cruzarte con los chicos de la zona a no ser que te conozcan. Vivo en Wormwood Drive con mi madre, una zona bastante pija porque tenemos un jardín delantero y otro en la parte de atrás. Estamos a las afueras del pueblo y el muro del jardín nos separa de los pastos de las ovejas, que se extienden desde allí hasta prácticamente el fin del mundo. A mamá le entusiasma el sitio porque todo es muy natural y muy orgánico, y qué puede haber más rural y más orgánico que las ovejas, aunque luego te puedan entrar ganas de suicidarte si te topas por error con sus miradas huecas e inertes.

El único consuelo de que en Dunbarrow nunca pase nada es que estamos más cerca de la única ciudad de la región —Brackford— que Throgdown, Sheepwallow y todos esos poblachos de mala muerte que se encuentran adentrados en los páramos. Brackford es un gigante de hierro, caído y herrumbroso, que lleva décadas intentando ponerse en pie después de que clausurasen las minas y cerrasen los astilleros. El cielo es siempre gris y el viento llega con energía desde el mar, que tiene el color del hormigón, soplando con todas sus fuerzas entre las hileras de casas adosadas.

Sea como fuere, lo que sucede a continuación es que voy descendiendo por la colina como de costumbre, con la

mochila y todo lo demás, y después me dirijo a la estación de autobuses y allí me quito el uniforme en los lavabos. Tardo cuarenta y cinco minutos en llegar a Brackford. Una vez allí, almuerzo (hamburguesa con patatas) y deambulo por varias tiendas de discos, ojeo unos DVD y contemplo un precioso par de botas de fútbol. El pueblo entero está emperifollado, listo para Halloween: hay esqueletos de papel, manchas de sangre de colores chillones y brujas de plástico colgadas en los escaparates de las tiendas. Normalmente, cuando nos saltamos las clases es porque la casa de Kirk está libre y podemos pimplarnos las birras de su madre y jugar a la Xbox. Preferiría eso a tener que reunirme con los abogados de mi padre. La verdad es que debería habérselo contado a mamá. Debería haberme acompañado. Me digo a mí mismo que debería volver a casa, contárselo y después concertar la cita para otro día, pero dan las 13:45 y me encuentro en la sala de espera de Berkley & Cía. En el escritorio que tengo enfrente hay una secretaria rubia, que escruta la pantalla de su ordenador con los compulsivos movimientos de cabeza propios de un pájaro enjaulado. Al cabo de media hora me hace un gesto de agobio con la cabeza para indicarme que pase.

El despacho del señor Berkley es tal y como esperaba: sobrio y profesional. El único mobiliario está compuesto por un aparatoso escritorio negro, varios archivadores y un calendario de pared repleto de anotaciones. Su escritorio está desierto salvo por una estilográfica y un viejo reloj de oro con un péndulo brillante que no para de traquetear. No hay ninguna foto familiar.

El señor Berkley tiene el rostro muy arrugado, pero conserva un aspecto bastante imponente; es una de esas personas mayores que se ve que fueron muy atractivas en su época, con

el cabello color ceniza peinado hacia atrás como el protagonista de una peli de los años treinta. Tiene una barba bien cuidada, y unos dientes largos y uniformes que parecen haber costado más que el coche de mucha gente. Va vestido con un traje de color gris claro y una camisa rosa, sin corbata, y está anotando algo en un cuadernito, que guarda en el cajón de su escritorio en cuanto entro en la estancia. Se pone en pie y me dirige una sonrisa cegadora, después se inclina sobre su escritorio para estrecharme la mano con firmeza e indicarme el asiento que se encuentra frente a él, todo al mismo tiempo. Despide un pestazo tremendo a loción para el afeitado. Resulta un poco cargante.

—Luke —dice, sonriendo como si a los dos nos acabara de tocar la lotería—. El señorito Luke A. Manchett, ¿no es así? Hijo y heredero del difunto doctor Horatio Manchett.

—Eh... hola —digo. Tiene los ojos tan azules que los iris parecen artificiales, como si estuvieran hechos de plástico. Es amigable, pero me siento como si me estuviera evaluando. Me revuelvo en mi asiento.

—Te pido disculpas por la espera —prosigue—. Hoy he tenido un montón de asuntos que tratar. Peticiones inesperadas, viejos amigos que pedían la revisión de unos acuerdos... He estado liadísimo. Espero que me perdones.

—No pasa nada, en serio.

—Gracias, muchacho. La clemencia es una gran virtud, ¿no te parece? Las almas que no soportan carga alguna flotan mejor en el río helado.

—¿Eso es de un poema o algo así? —pregunto.

—No —responde—, en realidad no. Es un consejo, supongo. Pero no recuerdo quién lo dijo. ¡En fin! Me gustaría decir, antes de que entremos en detalles, que considero que

estaba bastante unido a tu difunto padre. Horatio era un gran hombre. Todos sentimos tu pérdida como si fuera nuestra.

No estoy seguro de que presentar en la tele un programa cursi de temática paranormal te acredite como «un gran hombre», pero no parece el momento apropiado para discutirlo.

—En realidad no lo conocía demasiado —respondo.

—Y él lamentó vuestro distanciamiento. Eso te lo puedo asegurar.

—Preferiría... En fin. No le conozco, señor. Preferiría no hablar de ello. Lo siento.

—Mis disculpas, mis disculpas. En fin, Luke, como ya sabes, te hemos pedido que vinieras con cierta urgencia para tratar el tema de tu herencia. Fue deseo expreso de tu padre que contactáramos contigo lo antes posible. Soy consciente de que avisarte con tan poca antelación ha podido causarte algún inconveniente. Confío en que tus profesores se mostrasen comprensivos.

Me encojo de hombros.

—Está bien. Pongámonos manos a la obra. Luke, te he hecho venir hoy para informarte de que eres el único heredero legal de Horatio. Estás en disposición de heredar sus propiedades, tanto nacionales como foráneas, así como los futuros derechos de autor procedentes de las ventas de libros y vídeos digitales. También debemos hablar de una cuenta bancaria dispuesta para tu uso personal inmediato, que contiene una suma que supera los seis millones de dólares, los cuales, al convertirlos en libras...

Sigue hablando, pero su voz se ha convertido en un susurro comparada con la atronadora exhibición de fuegos artificiales que acaba de iluminar mi cabeza. Me siento como si la silla me acabara de descargar mil voltios en el cuerpo. Su-

ponía que papá vivía bastante bien gracias a su programa de la tele, pero no sabía que tanto. Soy millonario. Más que eso: multimillonario. Una serie de fotografías que parecen sacadas de una revista comienzan a proyectarse en mi cabeza: salas VIP, barras libres, suites de lujo... No me puedo creer que ayer mismo estuviera preocupado por mis exámenes. ¿A quién le importa eso? Y ya no tendré que suplicarle a mamá que me compre un coche, lo cual es genial porque se ha hecho la sueca ante mis indirectas, y nunca se fija en las revistas de coches que he ido dejando por el salón durante los últimos seis meses. Me imagino al volante de un reluciente Ferrari naranja, con Holiday Simmon en el asiento del copiloto, con la melena centelleando a la luz de un atardecer tropical mientras...

—¿Luke?

—¿Sí? —digo, sin haber escuchado una sola palabra de que lo estaba diciendo el señor Berkley.

—¿Entiendes entonces por qué te estoy contando esto?

—Ajá. La herencia de papá. Seis millones de dólares. Nacionales y foráneas. Ventas de DVD.

—Ese es el resumen general, sí. El caso es que, como único beneficiario de su testamento, es necesario que cumplas ciertos pasos para poder heredar...

—¿No le ha dejado algo a nadie más? Siempre pensé que debía de haber al menos otra mujer: rubia, delgada, con la mitad de años que él...

—Ya te lo he dicho, Luke. Eres el único beneficiario. Tu padre solicitó que contactáramos solo contigo en lo relativo a este asunto, ni con tu madre ni con nadie más. Fue muy claro a ese respecto. Y ahora, lo primero que debes hacer es firmar unos cuantos documentos, donde manifiestas que entiendes

lo que te estoy contando y que aceptas la responsabilidad total derivada de la herencia de tu padre.

«¡Venga, dale!», me entran ganas de gritarle. «Lo que sea. Enséñame la pasta». Vine con la expectativa de heredar unos gemelos o un reloj de pulsera. Berkley se pone a hurgar en un cajón del escritorio durante unos instantes. Me quedo contemplando el balanceo del péndulo del reloj.

—Aquí está —dice, mientras despliega varias hojas de papel sobre el escritorio. Me pongo a hojearlas. Las primeras de arriba son documentos legales estándar, redactados a ordenador, impresos en papel Din-A4. Los firmo con la estilográfica de Berkley. Las últimas son diferentes, y me detengo. Es un fajo de pergaminos ásperos y amarillentos, y el texto está escrito a mano con una extraña tinta marrón. La caligrafía es diminuta y está llena de florituras, un amasijo total de caracteres góticos. Entorno los ojos para ver mejor, pero no consigo leer nada.

—¿Qué es esto? ¿Está escrito en inglés? —le pregunto a Berkley.

—Es latín, muchacho. ¿Hay algún problema?

Deslizo los dedos sobre el pergamino. Tiene un tacto áspero, fibroso.

—Vitela —dice el señor Berkley—. Está hecho con piel de cabra. No es fácil encontrarlo hoy en día, como supongo que podrás imaginar. Tenemos un proveedor en Cumbria.

Apoyo la pluma sobre el espacio en blanco situado al final de la página. Berkley se inclina hacia adelante sobre su asiento. Aparto la punta de la pluma. Se oye el tictac del reloj, que emite un sonido leve y constante.

—¿Qué estoy firmando? —pregunto.

—Tal y como te he explicado, Luke, tu padre...

—¿Qué estoy firmando ahora mismo? ¿Por qué está escrito en latín sobre piel de cabra?

Berkley se desliza una mano por el pelo engominado. Deja escapar el aire por la nariz.

—Luke, ya sé que esto parece un poco... inusual, pero es obvio que Horatio no era un hombre corriente. Existe una serie de requisitos antes de que puedas disponer de su dinero o de sus propiedades. El primero de ellos es que tu padre dejó dicho que firmarás este documento concreto, hoy mismo. Se trata de una petición muy específica, expresada a través de una última voluntad y un testamento coercitivos desde el punto de vista legal. A no ser que firmes este documento, aquí y ahora, tengo instrucciones de dividir la herencia del difunto doctor Manchett y repartir las ganancias entre diversas organizaciones caritativas. Tu madre y tú no recibiríais un solo penique. Sería un gesto muy noble, sin duda, pero no creo que sea el resultado que te gustaría y, francamente, tampoco sería el resultado que espero obtener hoy. Si quieres leer las indicaciones que me dejó tu padre al respecto, tengo aquí los papeles.

Berkley mete la mano en otro cajón y me entrega una nueva serie de documentos encuadernados con anillas. Contiene más párrafos y cláusulas de los que sería capaz de leer aunque me quedara allí todo el día, pero sin duda la firma que hay en cada uno de ellos es de mi padre. La reconozco por las tarjetas de cumpleaños que solía enviarme.

Bajo la mirada hacia mis zapatillas. Todo este asunto huele raro. ¿Mi padre se lo lega todo, hasta su última posesión, a un hijo con el que no habla desde hace una década? ¿Y por qué no a mi madre? ¿No confiaba en el uso que le daría al dinero? ¿Esa es una de las razones por las que rompieron? ¿Así que decide, sin pensárselo dos veces, convertirme en un

multimillonario? Si no supiera que es imposible, pensaría que hay una cámara oculta observando lo que hago, como si se tratara de una broma de un programa de televisión. Y el señor Berkley está empezando a darme mal rollo, con sus sonrisas desmedidas y su insistencia para que escriba mi nombre sobre un trozo de piel de cabra...

Decido que no tengo otra elección. La imagen en la que salimos Holiday y yo conduciendo por los Alpes es demasiado intensa. Me están ofreciendo más de lo que jamás pensaría que llegaría a ganar en mi vida, y eso es solo el comienzo. Librarme de los exámenes, de tener que buscar trabajo, librarme incluso de mamá... ¿Quién podría negarse? Presiono la pluma de Berkley sobre la vitela y ejecuto una versión bastante aceptable de mi firma. La punta se atasca con las fibras y necesito hacer más fuerza. Cuando levanto la pluma, el reloj parece prolongar su tictac durante un instante más de lo normal; el péndulo dorado se queda paralizado a mitad de su movimiento, como si la habitación hubiera decidido detener el tiempo.

El señor Berkley se relaja y vuelve a recostarse en su asiento. Por primera vez, su sonrisa se extiende hasta sus ojos.

—Creo que has tomado la decisión correcta —dice Berkley—. Debo avisarte de que existen algunas condiciones más que debemos abordar antes de que pueda realizarse la transmisión de la cuenta y las propiedades, que en estos momentos no estoy en disposición de revelar. Me pondré en contacto contigo en el plazo de dos semanas para concretar los detalles. Ah, también has heredado una serie de artículos que tengo instrucciones de entregarte de inmediato.

Mete la mano en otro cajón y saca un fajo de papeles atados con un lazo, un estuche metálico similar a los que se utilizan para guardar las gafas, y un libro verde.

—¿Qué es esto? —pregunto, al tiempo que cojo el libro. Es pequeño y grueso, apenas un poco más grande que las Biblias que dejan en las mesillas de los hoteles. Huele a viejo, un olor casi agrio, y el papel está tan amarilleado como los dientes de un fumador. Está encuadernado con unas tapas de piel de color verde claro, sin ninguna mención visible al título ni al autor. Hay una estrella de ocho puntas grabada en oro en la portada. El libro tiene un par de cierres metálicos. Intento abrirlo, pero parecen estar atascados y se me clavan en los dedos, haciéndome daño.

—Una antigüedad, según tengo entendido —dice Berkley—. No tengo muy claro qué significaba para tu padre, pero insistió mucho en que te lo entregara de inmediato. Es bastante valioso, así que cuídalo bien. Te sugiero que lo trates con cuidado.

Dejo el libro sobre la mesa y cojo el estuche metálico. Traquetea al moverlo, suena como si tuviera un montón de objetos pequeños sueltos en su interior. Se abre por un extremo. Inclino el estuche y cae una lluvia de anillos sobre la oscura madera del escritorio: anillos dorados y otros con piedras incrustadas de color rojo, azul y negro. Un anillo con forma de león, otro con un cráneo sonriente incrustado. Cuento nueve en total. Cojo algunos de ellos al azar, los hago girar entre mis manos. Tienen un tacto frío, pesado. Nunca he visto a mi padre sin ellos, eran algo así como su marca personal. Alguien debió de quitárselos de los dedos después de su muerte.

Vuelvo a dejar los anillos en la mesa.

—Mi padre no esperaría que me los pusiera, ¿verdad? —digo.

—Su intención era que los tuvieras —responde Berkley—. Lo que hagas con ellos es decisión tuya.

—¿Y esto qué es? —pregunto, señalando hacia los papeles.

—Objetos extraídos del escritorio de tu padre, diría yo. Correspondencia y cosas así. Él quería que los leyeras.

Me quedo contemplando el andrajoso fajo de papeles.

—Tengo el Certificado General de Educación Secundaria, ¿sabe? —le digo.

—Y estoy convencido de que a tu padre le encantaría saber lo entregado que estás a tus estudios —dice, sonriendo, sin el menor atisbo de sarcasmo, al menos que yo haya visto—. Tal y como están ahora, resultan un poco incómodos de transportar... Espera, deja que te busque una carpeta.

El señor Berkley se pone en pie y se dirige hacia una vitrina situada al fondo de la habitación. Regresa con un aparatoso archivador marrón.

—Nunca puede faltar uno de estos en un trabajo como el mío. Nunca se sabe cuándo necesitarás un lugar donde guardar un contrato... Ya está. Todo bien guardadito.

El abogado guarda los papeles de papá en el archivador, después deja el libro verde y el estuche de los anillos a su lado. Lo desliza todo hacia mí.

—¿Eso es todo? —pregunto. En mi mente vuelve a aparecer la imagen del dinero, y entonces me pregunto de nuevo si será alguna especie de broma. En el fondo tengo la esperanza de que saque un maletín repleto de billetes de cincuenta.

—Por ahora. Como te dije antes, no recibirás el dinero de inmediato. Existen otras condiciones que hay que cumplir, impuestos que negociar, esa clase de cosas. Detalles y más detalles. Me pondré en contacto contigo en cuanto esté todo arreglado.

—Vale —digo, mientras vuelvo a guardar la colección de anillos de papá en el estuche. Me levanto y me guardo el libro

y los anillos en el bolsillo de la cazadora. Los documentos me los meto bajo el brazo. El señor Berkley se pone en pie y me tiende la mano. Se la estrecho.

—Deja que te diga una vez más que lamento mucho tu pérdida, Luke. Sentía mucho aprecio por Horatio. Ha sido una experiencia muy interesante conocer al fin a su heredero. Confío en que si alguna vez necesitas algo, si alguna vez puedo ayudarte en lo que sea, no dudes en contactar conmigo.

—Yo también me alegro de conocerle —digo, retirando a duras penas la mano que me está estrechando. En cuanto consiga el dinero de papá no volveré a hablar con este tipo, bajo ningún concepto. Nunca he estado tan seguro de algo. Quiero estar lo más lejos posible de los traqueteos de su reloj dorado y de su inquietante mirada. Retrocedo unos pasos, alejándome de él, mientras le digo adiós con el brazo libre.

—Ha sido un placer —dice el señor Berkley—, un placer, Luke. Tengo la certeza de que volveremos a vernos.

Después de eso dedico un rato más a deambular por Brackford, para que así parezca que he estado entrenando después de clase, y me subo al autobús que regresa a Dunbarrow a las seis. Tras tomar asiento en el piso superior, contemplando el cielo oscurecido que despliega su manto infinito sobre la autopista, varias imágenes del día rebotan por mi cabeza como si fueran las bolas de un *pinball*. Sueños dorados de opulencia, de zapa-tillas, vaqueros nuevos, coches, casas, mezclados con pensamientos más siniestros: la carta, mi madre plantada ante la pila diciendo que hoy hacía un «día despejado». La forma que tuvo Berkley de evaluarme, de observarme sin rastro de afecto con esos ojos azules tan vívidos. El pergamino en el que puse mi nombre, el libro verde que llevo en el bolsillo del chubasquero.

Tengo la sensación de que me han ofrecido algo que no podía rechazar, y que a cambio he accedido a algo que no alcanzo a comprender. ¿Por qué papá solo me incluyó a mí en su testamento? ¿Qué pasa con mamá? ¿Cómo murió y por qué nadie, salvo Berkley y yo, parece haberse enterado? ¿Qué le ocurrió a papá, exactamente?

La última vez que lo vi —aparte del día que nos abandonó, aparte de ver su rostro de pasada en las portadas de los libros de saldo— tenía quince años, una gripe me había librado de ir al instituto, y estaba tirado delante de la tele. Tenía la frente empapada de sudor, y el cuerpo hinchado y dolorido, como si alguien me hubiera enchufado a una bomba para inflar las ruedas de la bici. Me dediqué a pasar de un canal a otro, hasta que el rostro de papá apareció en la pantalla.

No pasaba hambre, eso resultaba evidente, y daba la impresión de que al traje blanco que llevaba le faltaba una talla más. Su barba parecía algo recién sacado de un desagüe, y tenía los dedos repletos de anillos.

Papá estaba enfrascado en una conversación con una anciana que estaba convencida de que su difunto esposo seguía rondando por su casa. Lo había visto en su butaca favorita, según dijo, o quizá no lo hubiera visto exactamente, sino que lo había percibido. Había olido su aroma, la loción para el afeitado que utilizaba siempre, desde sus años de servicio en el ejército. La anciana mencionó este punto varias veces, que había estado en el ejército, dándole más importancia que al hecho de que estuviera muerto. Un hombre de costumbres, dijo papá, bondadoso, y la anciana estuvo de acuerdo. La mujer aseguró que había visto unos cojines aplastados, como por el peso de una cabeza invisible. Y todas las mañanas, añadió, los zapatos de su marido aparecían junto al felpudo de

la entrada, por mucho que ella volviera a guardarlos siempre en el ático. Esto último lo dijo susurrando, con la convicción propia de quien está mal de la azotea.

Mi padre asintió y dijo que le gustaría echar un vistazo a la butaca, si era posible. La cámara lo siguió hasta el salón. La anciana indicó con un gesto solemne la butaca que seguía siendo la preferida de su marido, papá se sacó del traje un enorme amuleto de oro unido a una cadena y empezó a mearlo sobre la butaca mientras decía: «Sí, sí, percibo que su espíritu todavía merodea por aquí. Aún no ha cruzado al otro lado». Tomó la mano de la viuda entre las suyas y, mirándola a los ojos, le dijo a aquella anciana plañidera que su esposo necesitaba ayuda para poder acceder a la otra vida, y que él sería el encargado de proporcionársela.

Reconocer esa expresión de afecto y preocupación fingidos en su rostro —mi padre me miraba igual antes de que nos abandonara, cuando me caía en el parque o cuando hablaba de los monstruos que había en la alacena bajo el hueco de las escaleras— me dolió de una forma sorprendente, como si me hubieran apuñalado, así que cambié de canal y me aseguré de no volver a ver nunca su programa.

Ha oscurecido del todo y comienza a chispear mientras recorro el camino de acceso a mi casa y entro por la puerta principal. Con un gesto de fastidio, caigo en la cuenta de que no estoy manchado de barro ni llevo mi bolsa de deporte, lo cual pone en duda la coartada del rugby, pero mamá no se da ni cuenta. Está sentada en el sofá, con una máscara facial rellena de hielo pegada a la cara, algo que siempre es una mala señal. No está haciendo ni caso al culebrón que están echando en la tele. Ham está tirado a sus pies, como una alfombra viviente.

—Hola, cielo.

—Qué hay, mamá. —Le agarro la mano.

—Hoy han pasado unos gorriones por el jardín. Siempre he sabido que habíamos hecho bien viniendo aquí. Pájaros de verdad, ¿me oyes? No unas simples palomas. ¿Qué tal el día, cielo?

He descubierto que el padre que nos abandonó, tu exmarido, está muerto. Me he reunido con el abogado de papá, un bicho raro, y he firmado por seis millones de dólares, a condición de vete a saber qué. No sé si hice lo correcto.

—Las clases han ido bien. No ha ocurrido nada especial. Mamá sonrío con gesto distante.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—He visto unas cuantas luciérnagas esta última hora.

No te preocupes.

Esas «luciérnagas» son los destellos y chiribitas que mamá empieza a ver en los extremos de su campo de visión cuando se acerca un enorme dolor de cabeza. Debería haberle dicho algo esta mañana. Apenas podrá tenerse en pie durante el resto de la semana. No obtendré ninguna ayuda por su parte. Decido que ya hablaremos de papá cuando se encuentre mejor. Tiene un aspecto extraño con esa máscara de hielo de color azul neón, como si fuera una figurante en una peli cutre de superhéroes.

—Descansa un poco, mamá. Voy a prepararme un té.

—Buen chico. Me alegra oírlo. Sé bueno y dale de comer a Ham, ¿vale? Me ha traído de cabeza todo el día, con sus gemidos y sus arañazos.

—Está bien.

Le doy a Ham una lata de «Alimento especial del Sr. Zarpas» antes de sacarlo a la calle. Echo un poco de pasta enci-

ma y, cuando lo dejo listo, mamá se levanta a duras penas del sofá para irse a la cama. Si por ella fuera, seguramente se habría ido hace horas, pero sé que le gusta esperar hasta que vuelvo a casa, para que así no me la encuentre vacía. Se está preparando una tormenta de las buenas, y cuando vuelvo a dejar entrar, Ham está calado hasta los huesos, el suave pelaje gris se le pega a las patas y a su lomo flacucho. Me lanza una mirada lastimera cuando me río, y se aleja para tumbarse debajo del radiador. Reviso mis mensajes. Kirk me envió uno esta tarde para contarme que Mark y él prendieron fuego a la corbata de Nick Alsip con un mechero Bunsen en clase de química. Kirk dice que fue «legendario». Está claro que me he perdido un gran día en el instituto de Dunbarrow. Friego los platos y después, por impulso, salgo al pasillo y saco el libro verde de papá del bolsillo de mi chubasquero. El viento arrecia en el exterior. Examino el libro bajo la tenue luz del vestíbulo. Berkley dijo que era valioso. ¿Qué lo hace tan especial? Deslizo un dedo sobre la estrella de ocho puntas de la cubierta. La piel tiene un tacto suave y frío.

Voy a sentarme al sofá del salón, mientras la tele sigue balbuceando de fondo. Quito el sonido e intento abrir los cierres del libro. Están atascados, rígidos como cadáveres. No hay forma de abrirlos. Intento pensar una manera de forzarlos, pero no quiero estropear el libro. Parece muy antiguo. Decido no intentar abrirlo por la fuerza, puesto que reduciría su valor en caso de que decida venderlo. Lo dejo a un lado y me pongo a ver el fútbol en la tele. La pelota es una mancha blanca y diminuta sobre la hierba.



No sé qué hora es. Las ventanas son unos ojos negros en la pared. La tele está en reposo, proyectando una luz azulada y macilenta. Ham está tumbado frente a ella, dormido, su pecho peludo se expande y se contrae mientras gimotea en sueños. El viento, con su ajetreo, provoca un murmullo ahogado desde el exterior, y puedo oír algo —una cañería, tal vez— que traquetea en las paredes. Estoy tendido en el sofá. Tengo el libro verde de papá apoyado encima del pecho, con los cierres puestos.

Me incorporo despacio, con la sensación de estar todavía dormido. Me quito el libro de encima y lo coloco sobre el reposabrazos del sofá. La caldera debe de haberse desconectado, porque mi aliento emerge en forma de vaho. Me pongo de pie y cruzo el salón sin hacer ruido en dirección a la cocina. No hay ninguna luz salvo el destello fluorescente del panel de control del microondas. ¿No estaban encendidas las luces cuando me senté en el sofá? ¿Habrà bajado mamá para apagarlas? A medida que mis ojos se dilatan, la oscuridad se filtra en mi interior y veo con más claridad, con la visión típica de la ausencia de luz, la cocina se despliega ante mí en una escala de grises. Al otro lado de la ventana, en el jardín, los manzanos se mecen de un lado a otro. Aquí el viento retumba con más fuerza. El cielo es un remolino de nubes negras, a lo lejos las farolas tiñen el horizonte con un sucio tono anaranjado.

El frío que emerge de las baldosas de piedra me está trepando por las piernas, se me mete en las entrañas. Decido encender las luces, pero algo me detiene, alegando que si las enciendo lo que quiera que esté ahí fuera podrá verme.

Es una estupidez. Me he asustado porque está oscuro y hace frío, y el cerebro de mono que tengo enterrado en las profundidades de mi ser ha sido programado por millones de

años de evolución para morir de miedo en lugares oscuros porque mis ojos no están tan preparados para ver en la oscuridad como los de nuestros antiguos depredadores. Esa es la razón por la que estoy asustado. No hay nada ahí fuera. Presto atención a ver si oigo a mamá toser o moverse, pero no escucho ningún ruido procedente del piso de arriba.

Caminando con cautela, salgo de la cocina y me detengo en el pasillo. Aquí no hay ventanas, y aunque eso provoca que esté más oscuro que la cocina, me tranquilizo. Esto es ridículo. Tengo dieciséis años, no soy un niño de seis al que le tienen que dejar una luz encendida por la noche.

Sin darme tiempo para pensar, vuelvo corriendo a la cocina y enciendo todas las luces. En un gesto todavía más desafiante, enciendo la caldera. Por la casa resuenan los ecos del burbujeo del agua y el furor del vapor. Me relajo del todo, me acerco al frigo y saco un paquete de fiambre de pavo. Mientras devoro una de las deliciosas rodajas, si bien algo correosas, me felicito. Es normal sentirse incómodo cuando estás a solas en un lugar oscuro, lo malo es dejarse llevar por esos miedos irracionales. Soy un faro de luz en este mundo atestado de demonios y esas cosas que se dicen.

Mis pensamientos quedan interrumpidos por un tremendo estruendo procedente del piso de arriba, como si alguien acabara de atravesar el tejado con una bola de los bolos. Ham empieza a aullar. Entra corriendo en la cocina y se acurruca contra mi pierna.

Vuelvo a guardar el pavo en el frigo —me gustaría aclarar que lo hago sin que me tiemblen las manos lo más mínimo—, meto la mano en el cajón de la cubertería y saco el cuchillo de carne más afilado que tenemos. Sintiéndome más valiente ahora que he encontrado un arma, me obligo a cruzar

la cocina y a salir al oscuro pasillo. Ham me sigue con la cabeza gacha, gimiendo con suavidad.

—Cállate —le digo, y me obedece.

Trato de ignorar la desagradable sensación que tengo en el estómago, como si acabara de saltar por un puente y estuviera cayendo en picado hacia las aguas oscuras y congeladas. Me concentro en el cuchillo. Soy un macho alfa que exuda testosterona por sus glándulas sudoríparas. Ham, mi leal y subordinado compañero de la manada, me mira en busca de consejo para saber qué hacer en esta situación.

—¿Mamá? —pregunto, proyectando mi voz hacia el piso de arriba.

Los árboles crujen.

—¡Mamá!

Ham aprieta la cabeza más fuerte contra mis piernas. Es muy propio de ella seguir durmiendo entre tanto ruido, pero la quietud del piso de arriba me está poniendo los pelos de punta. Necesito comprobar que está bien.

Inspiro hondo, enderezo el espinazo, y sin hacer ruido coloco un pie y después el otro sobre los escalones, hasta que llego al descansillo. Es difícil determinar de dónde procede el ruido. ¿Fue en el baño? Ham pasa a mi lado sin hacer ruido y señala con el hocico hacia el cuarto de mamá.

—¿Estás seguro? —susurro. Ham suelta un gemido.

Me quedo mirando la superficie blanca de la puerta, con el aliento entrecortado.

No hay nada dentro de casa...

Acerco una mano a la puerta.

Ham se inclina hacia adelante y gimotea.

Cierro los ojos e imagino que Holiday Simmon, tan rubia y tan hermosa, me está observando de alguna manera, tal

vez a través de la tele. Quiere verme triunfar. Este es el momento en que debo demostrar mi valía.

Aprieto el cuchillo con más fuerza, y entonces, sin darme tiempo para pensarlo, irrumpo en la habitación de mamá, dispuesto a apuñalar con el cuchillo de carne a tantos ladrones como pueda antes de que me reduzcan.

No hay nadie en la habitación.

Me doy la vuelta por si acaso se han escondido detrás de la puerta, pero sencillamente no hay nadie.

Tampoco puedo evitar reparar en que Ham no me ha acompañado al campo de batalla. Sigue plantado en el descansillo, asomando su cabeza greñuda por el marco de la puerta.

—Judas —le espeto, ondeando el cuchillo—. Pequeño Judas peludo.

Ham entra en la habitación y me lame la mano.

Cobardías aparte, parece que Ham acertó al querer que entrásemos aquí. Las ventanas están abiertas de par en par, y el viento sopla con fuerza en el dormitorio de mamá. Esa debió de ser la causa del estruendo. Las cortinas verdes y naranjas de mamá están revoloteando, pero aparte de eso, no parece que haya nada fuera de lugar. Sus máscaras tribales siguen colgadas de la pared, y su mapa de constelaciones sigue ocupando una posición destacada. Mamá está tendida en la cama, con el pelo enmarañado sobre la almohada.

—¿Mamá?

Mamá levanta la cabeza como si fuera un nadador, toma aire.

—¿Sí, cielo...?

—Mamá, tu ventana se acaba de abrir de golpe. ¿No has oído nada?

—No, no. Ay, dios..., qué desastre...

—¿No te has...?

—Luke, cielo..., por favor. Necesito descansar.

—Vale —digo, incapaz de creer que no se haya enterado de que su ventana se ha abierto de golpe en mitad de una tormenta. Sus médicos no se cortan con las prescripciones.

Mamá ya ha vuelto a desplomarse sobre la cama.

Cierro la ventana, asegurándome de echar bien el pestillo. Me asomo al jardín, que está iluminado por las luces que siguen encendidas en la cocina. La respiración de mamá se torna más lenta y profunda. No hay nadie ahí fuera, o mejor dicho, no hay pruebas de que allí afuera haya nadie. No sé qué estaba buscando, si es que acaso esperaba ver al señor Berkley en el jardín o qué. Empieza a llover y las gotas de agua asemejan diamantes diminutos sobre el cristal. Enseguida hay tantos que no puedo ver el exterior.

—Seguramente habrá sido el... —le empiezo a decir a Ham, y entonces me callo. Cuando alguien dice en una peli «habrá sido el viento», le asesinan de inmediato.

—Mejor no bajemos la guardia.

Ham restriega la cabeza contra mi muslo. Afuera, la tormenta ruge. Mamá suspira y se da la vuelta. Dos pastillas de las suyas y se queda fuera de combate. Sin remedio.

—Oye —le digo a Ham, mientras salimos—, sin que sirva de precedente, ¿qué te parece si te quedas a dormir en mi cuarto esta noche? En el suelo, claro.



LUKE MANCHETT TIENE **16 AÑOS**

Y ACABA DE RECIBIR
LA **HERENCIA** DE SU PADRE.

LA VIDA LE SONRÍE.

PERO EL DINERO
TIENE UN PRECIO.

EL PADRE DE LUKE ERA NIGROMANTE,

LO QUE IMPLICA QUE LA HERENCIA TAMBIÉN INCLUYE

OCHO SANGUINARIOS FANTASMAS...

FANTASMAS QUE BUSCAN VENGANZA.

Tiene
poco más de
una semana para
salvarse de un destino
que es peor que
la muerte.

1578272

I S B N 978-84-698-0920-4



9 788469 809204

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com